

Una nadie más

Caminaba en la penumbra, apenas un pequeño farolito que parecía moverse al ritmo de una destartalada y ruidosa persiana, iluminaba la desolada calle de ese barrio sin nombre.

La lluvia temprana de la tarde había dejado cráteres, que aún con el paso de las horas, no habían podido sobreponerse a tanto barro disperso en ese camino de tierra que a ningún funcionario municipal había parecido importarle nunca.

Patricia, caminaba hasta la parada de colectivos, siempre a la misma hora, a las cinco, todos los días, para ella los feriados no existían, salvo excepciones, como el veinticinco de diciembre o el primero de enero, cuando la señora le daba permiso para estar con los suyos.

Trabajar en su mundo de pobrezas era la única alternativa para lograr tener el estómago más o menos lleno, para solo sobrevivir, para alimentar a seis hijos y a un hombre; que casi nunca estaba en casa pero que cuando volvía le dejaba un recuerdo, esos difíciles de sacar, aun cuando lo había pensado en más de una oportunidad, el miedo la paralizaba tanto que nunca se había permitido concretarlo.

Patricia, repetía la historia de cada mujer de su familia, mujeres con cuerpos devastados de tanto útero usado una y otra vez, mujeres con miedo a sus hombres y a su orgullo de sentirse bien. Hombres embarazándolas una y otra vez sin posibilidad alguna de resistencia.

El colectivo se tardó y otra vez llegaría tarde. La espera hizo que el recuerdo volviera. La imagen de Julia le hizo temblar todo su cuerpo al recordarla ensangrentada, con su mirada perdida y se pensó en la misma situación y no pudo verse.

El séptimo hijo venía en camino y no sabía qué hacer. En el barrio, una curandera por poca plata realizaba abortos, algunas mujeres desesperadas y en soledad acudían a ella, sin que sus parejas lo supieran. Ellos jamás las perdonarían, parecían no darse cuenta que sus frágiles cuerpos cansados ya no podían más.

Carlos, ni siquiera se había percatado de lo que le pasaba, la mayor parte de su tiempo no estaba en casa, pero cuando volvía apenas la miraba, los chicos le molestaban y solo le importaba un tiempo de sexo escaso, un trámite, breve y frío.

Ella ya no quería más hijos, no por capricho ni porque su cuerpo se alejara cada vez más de aquel que tenía cuando era un poco más joven, su preocupación no pasaba por allí. En el último parto la muerte la había rozado, demasiadas cesáreas juntas, le había dicho la partera, y ahora la historia se repetía, no por gusto, ni por buscado. Otro más para alimentar, pensó angustiadamente.

En el centro de salud de su barrio le habían dado gratis preservativos, las pastillas anticonceptivas eran escasas para tantas mujeres que las buscaban y que como ella no podían comprarlas. Carlos jamás quiso usarlos, un nuevo embarazo era la garantía de que ella lo esperaría y le sería fiel en sus prolongadas ausencias.

Y ahora, mientras el colectivo no llegaba, pensó en su pobre e insignificante vida. Tuvo tanto miedo de que le sucediera lo mismo que a Julia y si eso pasaba, se planteó, quién cuidaría a sus hijos, quién si sólo ella estaba en la pobreza de sus vidas.

Ese día no llegó a la casa de la señora, ella se enojó: “vagas y flojas estas mujeres, tendré que conseguir a otra”, dijo, terriblemente ofuscada, mientras se le hacía tarde para ir a su trabajo.

Patricia, en la despojada y oscura habitación de esa humilde casa, gritó y se retorció, cayó lentamente, su cuerpo frágil y cansado pareció flotar en el aire, mientras Josefa la curandera, vociferaba: “otra de estas que se me va, otra de la que nadie se hará cargo, otra debilucha como tantas, otra vez tendré que limpiar la mugre de su sangre cubriéndolo todo”.

Demasiadas nadies, incomprendidas, ausentes, pobres y solas, demasiadas patricias nunca escuchadas, muertas en silencio, en condiciones deplorables, demasiados hijos sin madres, demasiados dolores no entendidos desde la distancia cómoda de una sociedad que no mira lo que sucede en los barrios marginales donde el dinero no alcanza para comprar la pastilla del día después, ni los anticonceptivos, ni pagar altas cifras de dinero para que médicos en blancos y pulcros consultorios hagan lo mismo que Josefa, pero sin la sangre impregnándolo todo.